

## El adolescente de hoy

La caracteriología siempre ha apasionado a los hombres. Descubrir el carácter propio y el de los demás ha sido una aspiración muy antigua. Las brujas de la Edad Media, los nigromantes, cartomantes y quiromantes, que a sus predicciones del porvenir mezclan descripciones del propio carácter, han sido favorecidos por la credulidad popular de todos los tiempos. En la época moderna aparecen estudios caracteriológicos con una pretensión científica: la fisiognomía, la grafología, junto con los tratados de psicología profunda: psicoanálisis, psicología individual, más los estudios de Jung, Allers, Kreschmer, Marañón y tantos otros que pretenden explicar nuestra vida consciente e inconsciente por teorías de carácter fisiológico, como la influencia de las secreciones, o de orden psíquico, por los procesos afectivos cohibidos en la primera infancia, o por complejos de inferioridad que luchan con la tendencia social, o por influencia del medio ambiente. ¡Tantas teorías como autores!

En el fondo de todos estos estudios está latente el ansia de conocer mejor el "yo", el más desconocido de todos los seres. Mientras todas las otras ciencias que tratan del conocimiento del "no yo" han progresado fantásticamente estos últimos años, la ciencia del "yo" ha avanzado a pasos muy contados. Hánse intentado millares de ensayos, pero los más han debido abandonarse tan pronto como se han presentado. Algunos, después de varios años de boga, como el sistema behaviourista o comportamentista norteamericano, han perdido casi todo su crédito como auxiliares prácticos

de la psicología. Otros, como el psicoanálisis, que han parecido en un primer momento venir a revolucionar todos nuestros conocimientos psicológicos, aunque prestan un aporte muy real al estudio del yo, han sido con todo reducidos a términos más modestos.

Este profundo interés por el estudio de nuestro carácter y de nuestro temperamento se explica por la curiosidad natural que tenemos de conocer lo más íntimo de nosotros, la raíz última de nuestro obrar y los obstáculos y estimulantes de nuestra conducta. Y, segundo, porque nos damos perfecta cuenta que para surgir en la vida, para valorizar nuestra persona es necesario elevar esas cualidades, que constituyen nuestra primera herencia y la mayor fuente de nuestras riquezas.

Un carácter bien formado, es lo que ha hecho grandes a los grandes hombres. Y en nuestra época por desgracia esta verdad se va olvidando. Preguntaba recientemente un profesor a sus alumnos, qué es lo que nos hace ser más hombre. Desorientados respondían los unos que el tener gran talento, otros que el tener medios de producción, alguno que poseer un gusto artístico muy desarrollado. Ninguno dio esta respuesta: el tener una férrea voluntad al servicio de un gran ideal. Y esa voluntad necesita como condición previa el ser plenamente consciente de sí mismo. Conciencia y voluntad educadas son en el orden natural la medida del valor humano de un individuo. La disminución en la conciencia y en la voluntad es lo que caracteriza y gradúa la anormalidad de una persona.

La riqueza, la fuerza, aun el talento mismo pueden ser suplidos en mayor o menor grado por un carácter bien formado. Demóstenes, a pesar de su mala voz, de su defectuosa pronunciación, de su presencia desagradable y de sus primeros fracasos, llegó a ser el primer orador griego. Generales ha habido que a pesar de lo enfermizo de sus cuerpos ganaron grandes batallas. Comerciantes en gran número han comenzado con las manos vacías y se han labrado grandes fortunas. Pero todos estos afortunados han tenido

este precioso capital: conciencia formada y disciplinada de voluntad.

Por eso el ánimo se siente entristecido al descubrir en la gran mayoría de los adolescentes de nuestros días una disminución notable de la facultad conciencia y de la voluntad. Esta crítica, para ser justos, es aplicable, sobre todo, a los adolescentes que se han criado en un medio de vida fácil y cómoda, pues la psicología de cada grupo social está íntimamente ligada al medio en que vive. En estas páginas estudiaremos detenidamente estos dos aspectos de la psicología del adolescente de nuestros días, pues son fundamentales en la orientación que haya de tomar la generación que surge. Hacer más conscientes y más esforzados a los jóvenes de hoy es la misión primordial del educador.

\* \* \*

Cada época tiene su psicología propia, su manera de ser, su ambiente social formado por la cultura, la ideología general, el estado económico, las grandes corrientes filosóficas, literarias, sociales, por la influencia profunda de ciertos grandes pensadores y por mil otros factores que contribuyen a formar la psicología de la época.

Esta diferencia de manera de ser varía de grupo a grupo, de país a país, de ciudad a ciudad, y puede comprobarse como en un pequeño laboratorio, en la diferencia que se echa de ver entre clase y clase en un colegio. Cada curso tiene su ambiente propio tan diferente del que le precede como del que le sigue, ambiente que se ha formado principalmente por la coincidencia de los factores que acabamos de enumerar, actuando en un terreno más reducido.

No es fácil decir que una época sea mejor o peor que la que le precede, pero sí que es diferente. Las cualidades propias de esa época quienes menos las aprecian son los que están sumergidos en ella, porque les falta el punto de comparación. Puede compararse el convencimiento del ambien-

te psicológico al del ambiente atmosférico de una habitación: puede estar viciado, pero los últimos en advertirlo son los que están permanentemente en ella, porque les falta el punto de comparación con la atmósfera exterior. Se habían habituado a él.

Por eso es necesario que los que no son adolescentes, los que han nacido en otra época, reflexionen sobre el rumbo de la nueva generación para orientar su marcha.

\* \* \*

### *La inconsciencia*

El primer rasgo característico que sorprende universalmente a quienes consideran a los jóvenes formados en esta época que podríamos datar desde la post-guerra europea es la inconsciencia de que dan muestras en su manera ordinaria de proceder.

Los adolescentes de hoy dejan una impresión general de frivolidad, superficialidad, ligereza. No toman nada en serio, buscan en toda situación el aspecto comodidad, agrado, inconscientes de la responsabilidad social que les incumben. Muchos, muchísimos parecen concebir la vida como un estudio en el que uno ha de divertirse con el máximun de intensidad y el mínimun de sacrificio.

Es notable la falta de formalidad que se nota en guardar la palabra empeñada. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta lo infinito, que demuestran hasta dónde llega su ligereza en este sentido. Ello supone una falta de reflexión sobre lo que significa un compromiso, sobre la seriedad del acto que se sella con la palabra. Es corriente ver jóvenes que toman a su cargo responsabilidades, que aceptan una misión, reciben bajo su protección una familia menesterosa, un encargo que desempeñar... y con la mayor naturalidad, por el más mínimo inconveniente, desisten de lo comenzado, sin pensar en las consecuencias que su actitud acarrearía para los demás, y sin ocurrírseles presentar una excusa o buscar remedio al problema que ellos no pudieron solucionar. Se suscriben fácilmente nuestros adolescentes en las socieda-

des que los solicitan, acuden a una, dos, tres reuniones. Viene luégo el fastidio y no siguen acudiendo. Se inscriben prontamente en otra que también les pide su concurso y obran de semejante manera que en la anterior. Ofrecen su cotización para una obra de beneficencia, pero el día menos pensado... cesan de cotizar, "porque sí".

¡La puntualidad ¡Qué poco se conoce! No se ha reflexionado sobre el valor que el tiempo tiene para los demás, sobre el respeto mutuo que nos debemos, que debiera traducirse en no hacerlos perder ni un instante de su día. Las órdenes dadas, aunque hayan contraído compromiso de guardarlas, cuando pueden violarlas, las violan con toda naturalidad... y se sonríen de haber hallado una manera de evadirlas. Todo esto denota una falta de reflexión, de conciencia de las obligaciones sociales. No se ha profundizado sobre ellas.

Se observa con mucha frecuencia una falta de valoración de lo que cada cosa es en sí misma. La clase debería ser —y no lo es con frecuencia— la clase: lugar de estudio sereno, profundo, donde va uno a preparar el camino para un estudio personal más prolijo. Los sacrificios pecuniarios de la nación, de los padres, de los profesores, no son estimados ni compensados por una conducta adecuada. Reina un compañerismo mal entendido que no conduce al sacrificio por los compañeros, sino a la diversión colectiva aun en tiempos de clase sin parar mientes que esto podrá significar la pérdida del curso para los alumnos de menos talento, que habrían podido surgir si hubiesen podido aprovechar de las explicaciones del profesor y concentrar su atención en el estudio.

Falta intensidad en las labores intelectuales. La mayor parte de los alumnos se contenta con preparar lecciones, calentar exámenes, pero ¡qué pocos son los que toman en serio profundizar las nociones aprendidas, investigar, componer, dar un juicio personal, ensayar una síntesis, o realizar pacientemente un análisis científico! A lo cual ayuda la orientación de la enseñanza que reciben los jóvenes ahora más preocupada de la técnica que del pensamiento de fondo. De ahí esa falta de gusto por el estudio metódico y refle-

xivo, que es una de las características más dolorosas de la juventud que sube, y una de las causas de la superficialidad general que se echa de ver.

Es interesante la encuesta hecha por un profesor de enseñanza secundaria entre sus alumnos sobre el motivo por el cual asistían al liceo. Unos respondieron que obligados por sus padres, otros para estudiar algunas materias que les parecían interesantes, pero dispuestos a divertirse en aquellas clases que no les interesaban; otros, porque era necesario pasar por estas pruebas para seguir una carrera... ¡Qué pocos respondían en forma adecuada que denotara que eran conscientes del momento importantísimo de su vida que estaban viviendo!

La vida religiosa, de ordinario, es tomada de una manera superficial. Se la concibe como un conjunto de prácticas que hay que hacer ritualmente más que como una donación entera de la persona a Dios, como un ponerse en sus manos para hacer su voluntad y realizar el doble mandamiento de amor a Dios y al prójimo. La moral se ha convertido para muchísimos, no en una vida entregada en manos del Creador, sino en una casuística que los oriente sobre la gravedad de las trasgresiones, a fin de poder moverse con la mayor libertad posible sin pecar. De aquí que rehuyan pensar en las responsabilidades que a cada cual incumben en la sociedad religiosa en que uno vive. De aquí el rehusar los puestos de trabajo y sacrificio que deberían llenarse en servicio de la Iglesia, contentándose con oblações más exteriores que profundas.

La vida cívica no es concebida en forma más consciente. Se apasionan los adolescentes por el trabajo político, porque es más bullanguero, y porque les da ocasión de ejercer actividades exteriores que excitan su sensibilidad. Los partidos políticos preferidos por los adolescentes de nuestro tiempo son los que ofrecen un programa extremista y que impresionan más fuertemente su emotividad. Son generosos nuestros adolescentes en sacrificarse por el ideal político, sobre todo en aquellos sacrificios momentáneos, arriesgados, que tienen algo de heroico, pero mucho menos en los oscuros y lentos sacrificios ignorados de los demás, que supo-

nen una labor tesonera y constante. El gran sacrificio del estudio, de la formación profesional, de la adquisición de conocimientos sistemáticos de política, sociología, historia, con que podrían capacitarse para servir más eficientemente al país, no es un sacrificio del gusto de nuestra época. Las presentaciones cívicas requeridas a todos los ciudadanos, aquellas que son normales, no son miradas con simpatía y se las rehuye cuanto puede. Un adolescente *standard* de nuestra época, que seguramente habría aceptado entusiasmado una misión política arriesgada, se empeñaba en rehuir el servicio militar. —¿Y por qué no quieres hacerlo? le preguntaba un amigo. —Porque se come tan mal... porque no podré ir a la playa este verano, porque tenía un plan de diversiones que me fracasará... No alegaba ninguna razón de peso. ¿Y tu carácter de ciudadano? ¿Y el llamamiento de la patria? ¿Y la voluntad de tus padres? A todo esto respondía invariablemente nuestro adolescente *standard*: ¡Pero si es tan aburrido!

Los adolescentes modernos se sienten masa, y aceptan el no ser sino una masa que busca un jefe al cual obedecer y que tome a su cargo el trabajo de pensar y de disponer. Claro está que esta afirmación puede pecar de excesivamente generalizada, pero no puede negarse que esta renuncia a la actuación personal, consciente, esta conciencia del propio valer que va siendo incorporada tácitamente en muchos profanos, responde a una tendencia de nuestra época.

La vida sentimental se despierta con facilidad, pero ¡cuán a flor de tierra queda! Emoción pasajera que no remueve una vida. En los grandes dolores ¡qué poco se reflexiona sobre ellos! ¡Cuán fácilmente se los olvida! En catástrofes públicas se ha visto a adolescentes generosos ponerse en marcha para prestar sus servicios, pero al llegar al sitio de la desgracia y ver el sacrificio real, duro, penoso que de ellos exigiría la realización del deseo que los animó a partir, dejaron caer sus brazos desalentados, miraron y se volvieron.

Las manifestaciones del amor y la amistad no son más profundas. La vida social moderna está organizada para que se cultive artificial y prematuramente una vida afectiva.

que no corresponde a la madurez sentimental de los adolescentes, mucho menos de los niños, que son llamados a participar en estas actividades. Fiestas infantiles, paseos para niños de ambos sexos, que son una parodia de los que realizan los jóvenes. Todo esto hace que se introduzca muy prematuramente el deporte del amor, el flirt. Se piensa en el amor y se juega al amor cuando no se lo puede concebir como orientado hacia la formación del hogar, sino que se lo concibe como un medio de pasatiempo. Los mayores son por desgracia muy culpables de esta ligereza de sentimientos de nuestros adolescentes al vivir ellos en forma ostensible una vida tan superficial, tan exterior, en la calle, en el teatro, en el casino, en el club. Sus conversaciones son tan ligeras... y no escapan a la penetración de los niños: modas, biógrafo, pelambres, escándalos sociales... Con frecuencia rehúsan, en forma cada día más alarmante, criminal a veces, las cargas de la familia, y conversar de estas materias en presencia de los niños. Disuelven con facilidad su matrimonio. Se permiten libertades que los niños ven, observan, comentan. Es natural que conciban ellos la vida afectiva como algo superficial, sujeto a los caprichos de las circunstancias.

Esta superficialidad, este vivir a flor de tierra es el primer hecho que salta a la vista del que mira con alguna detención la generación que sube. Estas observaciones, son por desgracia, repetidas en todos los países en tonos diferentes de mayor o menor intensidad. Lissorgues en un buen ponderado artículo "ve juntarse a los que anuncian el declinar desastroso de las fuerzas físicas y morales otros observadores que comprueban en este siglo de progresos técnicos la decadencia intelectual de la humanidad".

Se dirá que la juventud siempre ha sido así... Nos atreveríamos a afirmar que no. Otros defectos han podido achársele antes, pero no esta pavorosa inconsciencia en la forma tan aguda que acabamos de comentar. Claro está que el niño siempre ha sido niño, y el adolescente, adolescente, amigos de la broma y del juego, de eludir el trabajo y de divertirse lo más que pueda, pero antes se notaba mayor conciencia en las acciones que tomaban a su cargo, menos nu-

merosas que las actividades que absorben a los de hoy día, pero hechas con mayor responsabilidad.

Estos defectos que tanto lamentan los pensadores extranjeros, son harto más graves en nuestros jóvenes países latinoamericanos. Nuestro temperamento, que tiene grandes cualidades, es mucho más ardiente, menos reflexivo, más impetuoso y sensible que el temperamento sajón y menos estable que el de los países de tradición secular. Esto aparece de manifiesto al comparar, por ejemplo, nuestra manera de ser con la conducta ciudadana en países como Inglaterra o Alemania, donde la ley es algo sagrado; la palabra empeñada, un compromiso de honor; la puntualidad, una norma social universal. Un notable pedagogo americano, al referirse a la volubilidad y ligereza de los adolescentes en un país latino-americano, nos decía: "Sencillamente no comprendo".

#### *Yendo más al fondo*

Si de esta primera observación superficial descendemos a un estudio más de fondo del problema, a la organización de los hábitos de pensar, a la formación de la cabeza de nuestros adolescentes, nos daremos cuenta que el aforismo de Montaigne, considerado hasta aquí como un axioma sin discusión, "Il vaud mieux une teste bien faite que bien pleine" parece haber sido substituída por su contrario: "vale más una cabeza bien llena que una bien formada". Nuestros adolescentes han perdido el gusto por la filosofía, por los principios abstractos que rigen el sér, sobre todo por la metafísica y se dedican a absorber nociones aprendidas de memoria, sobre cuyo contenido no han reflexionado. Aprecian, sobre todo, lo concreto, lo sensible, lo tangible. Es natural, entonces, que en lugar de los grandes principios que deben orientar la vida, determine ahora su actividad la influencia de lo inmediato. El joven de nuestros días es "inmediatista". Todo en él está subordinado a lo que le rodea, a lo que le impresiona entonces; su visión no trasciende el tiempo, ni el espacio: se detiene en lo inmediato. Es el hombre no de lo porvenir, sino del momento presente, carece de síntesis,

de un concepto de totalidad. De ahí que comienza la vida completamente desorientado. Con mucha frecuencia no sabe al terminar sus humanidades qué carrera ha de seguir, o se determina por motivos completamente secundarios, circunstanciales, que no debieran haber sido los móviles.

Consecuentemente el adolescente moderno es inconstante, ya que su proceder no está determinado por razones sólidas que resistan al análisis sereno, sino por motivos fútiles, sentimentales de ordinario, que desaparecen junto con el estado afectivo que los produjo. ¡Cuán pocos son los que comienzan una carrera y llegan a su término, los que empiezan el estudio de una lengua y salen airoso en su empresa! La mayor parte queda por el camino. Adolescentes hay que en cuatro meses han cambiado cuatro veces de carrera, sin que tan dolorosa experiencia haya servido para hacerlos más reflexivos. Se habían determinado sucesivamente a cada nueva situación no por principios, sino por impresiones del momento.

Inconscientemente el joven moderno se fía poco de la razón, está muy influenciado por el kantismo que profesa la incapacidad de la mente para alcanzar la verdad en sí misma, o por lo menos ignora si la alcanza. De ahí que adhiera con todas sus fuerzas a lo sensible, a lo tangible, que por otra parte le parece el mayor valor porque proporciona satisfacciones inmediatas.

Es curioso ver disputar un joven de nuestros días; el joven *standard*, se entiende. No se basa de ordinario en principios de los cuales deduzca lógicamente las consecuencias, sino que se basa en intuiciones, sensaciones, impresiones de momento que para él tienen valor indiscutible. Si se disputa sobre un tema como el divorcio, p. ej, los argumentos que darán no serán los principios básicos de la familia, sino los casos concretos que él ha presenciado: "Yo conocí una señora que fue muy desgraciada con su marido, se divorció, contrajo nuevas nupcias y fue muy feliz"... Si se discute sobre el aborto, las razones que le impresionan son las de orden sentimental: la madre que va a dejar tantos hijos; no el principio macizo del derecho o no derecho a la vida humana. En general su lógica será más del corazón y de intuicio-

nes sensibles que de razones intelectuales. Tristán de Athayde puso admirablemente de relieve esta característica en una de sus hermosas conferencias de 1938 en la Universidad Católica de Chile.

Los principios, una vez establecidos, no parecen influenciar mayormente la conducta. Conocen nuestros adolescentes los principios que han estudiado, los admiten en teoría, pero no determinan su vida: quedan en la región de lo abstracto. Siempre ha habido una dualidad entre el bien que conozco y el mal que hago, pero esta dualidad se hace más palpable en nuestro tiempo. Las dificultades que obstaculizan la realización de estos principios y los atractivos que solicitan la voluntad esfuman de tal manera el concepto de deber que éste viene a convertirse en una noción abstracta, bella idealmente, pero que no tiene nada que ver con su conducta. Es muy natural que muchos se pongan en marcha hacia el ideal y no lleguen, pero lo que es difícil comprender es que muchos vean el ideal, lo miren con aire de esteta, lo admitan, y sin embargo, sin el menor remordimiento, se queden mirándolo sin hacer nada por poseerlo, sin la menor inquietud de conciencia. Y este es un caso frecuente en nuestra adolescencia.

Esta falta de valoración práctica de los principios explicaría la carencia de una jerarquía de valores que tanto lamentamos en nuestro tiempo: la noción bien exacta de lo que es cada cosa, de lo que vale, para saber cuáles han de ser preferidas, cuáles pospuestas en caso de colisión de derechos y el grado de energía que tiene derecho a exigir de nosotros cada una de ellas. Esta valorización supone un espíritu tranquilo, sereno, reflexivo para descubrir la jerarquía y realizarla. El que así lo hace es el hombre consciente, el hombre "bueno" en el sentido moral, el hombre integrado en el plan de la creación.

Otra característica bien definida de nuestra adolescencia es que las circunstancias valgan más para ellos que la realidad esencial subyacente. Desorientados sobre el valor del principio, de la cosa como es en sí misma, se dejan impresionar fácilmente por aspectos circunstanciales que son así muy secundarios. Esta influencia exagerada de las circuns-

tancias influye poderosamente en que el factor "tiempo" sea también sobrevalorizado. El valor de una cosa para nuestros adolescentes está en función con su modernidad. Lo que determina su apetibilidad no es tanto la cosa en sí, como su novedad, su capacidad de herir la sensibilidad, y la presunción de que por ser moderna debe ser mejor que si fuese antigua. El mejor automóvil es el modelo del año en curso. Porque es del año ha de ser mejor que el del anterior. Las formas modernas de construcción, porque modernas, son más interesantes. Un autor, cuyo libro ha sido publicado este año, ha de ser más estimado que un libro de hace veinte años, con mucha mayor razón, que los autores de la Edad Media.

Estas son algunas de las características que contribuyen a producir este aspecto de inconsciencia que tanto choca en la adolescencia de nuestros días: falta de principios, atracción exagerada por lo sensible, lo inmediato, desorientación que a veces llega a parecer que los de una generación anterior y los de la actual hablan una lengua diferente. Las palabras suenan lo mismo, pero la reacción es completamente diferente en ambas generaciones. ¿A qué se debe este espíritu de nuestra adolescencia?

#### *Causas que promueven esta inconsciencia*

No cabe duda que toda la vida moderna está organizada para producir una profunda desorientación de los espíritus, para llevar los jóvenes a la inconsciencia. La atención no puede concentrarse en nada, pues está continuamente como tiranteada en todas direcciones por objetos atrayentes, enemigos de la concentración interior, de la paz, del pensar profundo.

El ruido ensordecedor de nuestras ciudades es un primer enemigo de la vida consciente. El ruido de los autobuses, automóviles y motocicletas que atruenan el aire con sus bocinas. El ruido de la radio y de los vendedores. El ruido es mortal enemigo de la vida interior, no menos que del equilibrio nervioso. Con razón Duhamel proponía la creación de parques de silencio para remedio de la sociedad enfer-

ma, donde los hombres pudieran pensar, vivir para dentro, prepararse.

El ruido exterior no es más que un símbolo del ruido ensordecedor que provoca interiormente la multitud de excitantes que solicitan la atención del joven de nuestros días. Los diarios y revistas que hace cincuenta años eran escasos, leídos sólo por las personas cultivadas, se han multiplicado ahora extraordinariamente. Hay revistas de todo, revistas de cine, box, de viajes, de deportes, propias para la niñez, picantes para la juventud. Los diarios multiplican sus ediciones, y la mayor parte de nuestros contemporáneos absorben diariamente uno o varios diarios escritos en la forma más apta para suscitar la atención. Títulos sensacionales, artículos atrayentes, ilustraciones artísticas, historietas cómicas... El arte del periodista es saber presentar como interesantes aun los asuntos más triviales, hacer de algo baladí un hecho sensacional... a costa, claro está, del equilibrio espiritual de sus lectores. Periódicos llenos de "mentiras periodísticas", que no por ser periodísticas dejan de ser mentiras, son los maestros más frecuentados por nuestros jóvenes a cuya clase acuden tan pronto se despiertan y cuya última lección escuchan poco antes de acostarse.

Es cierto que la lectura de periódicos deja en el espíritu una cierta cultura general, una erudición barata, pero al propio tiempo rebaja extraordinariamente sus aspiraciones intelectuales. Los lectores asiduos de periódicos aceptan el someter su criterio al del redactor del diario, que no siempre es una persona con la autoridad suficiente para formar una generación. Por otra parte, la cantidad de materias que se tratan en un periódico constituye un desafío al equilibrio intelectual. En un solo día nos trata el diario de la guerra de China. Frente de Teruel. Retiro de Chile de la Sociedad de las Naciones. Una bomba en el congreso. Las elecciones presidenciales próximas... Vida social: nacimientos, defunciones, matrimonios, cocktails... Anuncios de viaje, de cinematógrafo, acompañados de avisos atrayentes y... con frecuencia degradantes. Box. Crítica teatral. La página literaria. Asuntos de bolsa... Y el joven quiere leerlo todo, discutirlo todo, incluso el proyecto del Ejecutivo al congre-

so sobre reconstrucción económica del país. Problemas tan serios, pero tan de actualidad, tan interesantes, que cualquiera se siente tentado a opinar sobre él, aunque no sea más que el hombre de la calle. Para opinar con acierto sobre tópicos tan delicados serían necesarios meses, a veces años de estudio y nuestros adolescentes opinan con un desparpajo único, aferrándose con intolerancia a su criterio no formado. Y en nuestra sociedad de hoy la mayoría opina así. Es un deber moderno saber hablar de todo. Consecuencia, la mentalidad irá perdiendo ese respeto de sí misma que caracteriza el opinar consciente.

Además de la prensa periódica, la publicación de libros se ha multiplicado en forma exagerada. Los editores, conocedores de la psicología de la época, atraen a sus lectores con títulos por demás sugestivos que ocultan una gran vaciedad, cuando no un veneno para la inteligencia o el corazón. Tanta novelucha, folletón, libros pseudo-científicos, muchos de ellos de temas escabrosos que abordan con gran facilidad nuestros adolescentes. Es un espectáculo trágico el que uno presencia en los autobuses y tranvías al ver muchachas jóvenes devorando libros de literatura pseudo-científico-sexual. De igual manera en los liceos y colegios los muchachos leen sin discreción algunos libros sobre filosofía, religión, vulgarización médica, cuyo contenido son ellos del todo incapaces de controlar. El haber desflorado temas tan profundos les hace creer que los conocen, y opinan de todos ellos sin preparación suficiente.

La radio, que tantos servicios presta a la ciencia y a la vida social, es, bajo el punto de vista de la superficialidad de criterio de nuestros adolescentes, un poderoso enemigo en la forma en que de ella se abusa hoy día. La radio constituye un desafío al equilibrio nervioso. El adolescente, estudiando junto a su aparato de radio, quiere concentrarse y no puede; y por otra parte no se resigna a apartarse. La radio lo comunica con el mundo entero, le trae continuamente noticias del medio humano, le comunica lo que ha pasado en la hora que está viviendo en los más lejanos rincones del mundo. La radio le arroja raudales de música clásica, y en seguida un jazz, una comedia picante, y luego un sermón,

un discurso político y un aviso del mejor auto que se ha fabricado, de la mejor medicina que se ha inventado, de los neumáticos más resistentes... Todo es lo mejor. En ese ambiente de mentira incontrolada, de propaganda de todas las ideologías, en comunicación con todo el universo, oyendo a Mussolini en el palacio de Venecia y a Stalin en el Kremlin, en esa atmósfera crecen nuestros desarmados adolescentes. ¿Qué otra cosa hacen sino percibir sensaciones contradictorias quedándose enteramente en la superficie? Por eso se va formando una juventud que renuncia al trabajo porque se cree condenada al fracaso, incapaz de surgir en un mundo tan complicado, pues demasiado pronto se ha puesto en contacto con ese mundo, que ni siquiera en su edad madura conocieron sus abuelos.

Al salir a la calle tropiezan los ojos con un aviso electoral que recomienda al mejor candidato, otro que anuncia el mejor jabón, una agente que organiza una expedición, la más interesante y la más económica... Todo esto parece inocuo, pero engendra en el alma una confusión, un caos del que pocos se libran y, finalmente, un atroz escepticismo de la vida. ¿Qué es lo mejor? ¿Qué es la verdad?

Y en la noche, cuando los ojos no pueden distinguir los avisos de los muros los anuncios, luminosos hieren la vista, procurando captar la atención por los juegos de luces que corren, de colores que cambian, ofreciendo el estreno más interesante, la mejor sastrería, el millón de la beneficencia... ¿Podrá recogerse ese joven mientras camina? Además que harto trabajo tiene en librarse de los vehículos que amenazan atropellarlo, pues corren a velocidades inauditas, y del tránsito que oprime a las grandes ciudades.

Y al entrar a su pieza a descansar no puede conciliar el sueño, porque sus nervios están destemplados y para conciliar el sueño se dedica a revolver nerviosamente las páginas de un libro, de ordinario una novela o una biografía novelesca que devora en pocos instantes. La prensa, la novela, la radio, los mil estimulantes externos ¡qué grandes enemigos de la sólida formación espiritual! Ellos vienen a profanar el santuario del alma juvenil y a introducir en ella la pasión, la ceguera, el comadreo y la mentira, el polvo de

hechos inútiles, la ilusión de posibilidades casi quiméricas y el miedo a accidentes que nunca llegarán. Todo esto es lo que llena un espíritu hecho para la sabiduría. ¿Cómo, pues maravillarse de esa ligereza, inconsciencia y superficialidad? Es imposible que un espíritu que se forma en ese ambiente llegue alguna vez a tomar la vida en serio, a discurrir, a ratiocinar.

La dispersión de la vida moderna es uno de los principales enemigos del espíritu consciente, que exige concentración, reflexión, espíritu de continuidad. En este siglo es difícil tener el espíritu libre para meditar, criticar el aporte del día, profundizar y evadirse al siglo.

**ALBERTO HURTADO CRUCHAGA, S. J.**

